

lo contrario de lo que en tí es malicia, iniquidad, ira? Y así como los que se hallan en algun lugar muy profundo juzgan desde allí las torres por más altas, y los montes por más encumbrados, así estando un hombre en lo profundo de su propio conocimiento, descubrirá más las grandezas de las perfecciones divinas; y por eso habiendo precedido al fin del punto tercero: *Mirarme como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados, y tantas maldades, y ponzoña tan torpísima*, desde este lugar viene bien el considerar y contraponer á mis maldades las perfecciones divinas.

Para el mismo intento ayuda el punto quinto del mismo ejercicio, donde se dice así ¹: *El quinto, exclamacion admirative con crecido afecto, discurriendo por todas las criaturas, cómo me han dejado en vida y conservado en ella: los ángeles como sean cuchillo de la divina justicia, cómo me han sufrido y guardado y rogado por mí: los santos, cómo han sido en interceder y rogar por mí: y los cielos, sol, luna, estrellas, elementos y frutos, aves, peces, animales, y la tierra cómo no se ha abierto para sorberme, criando nuevos infiernos para siempre penar en ellos*. Este punto es consecuente á lo que se dijo en el fundamento. Porque si todas las criaturas sirven al hombre, no por lo que deben al hombre, sino por lo que deben á Dios que las crió y se lo manda; y si sirven al hombre, para que él sirva al comun Señor, ¿qué violencia sentirán si el hombre quiere servirse de ellas para ofender á su mismo Señor? Y ¿cómo se pondrán en armas para vengar esta injuria? Pues ¿qué materia da tan copiosa para una profunda y suave contemplacion, ver á este gran Señor, que es el ofendido, cómo tiene enfrenadas todas sus criaturas para

¹ 1.ª Sem. 2.º Ejerc.

que no venguen sus ofensas? ¿Y pasando más adelante, las obliga á que sustenten y regalen á su ofensor? Esta es una consideracion tan eficaz, que el santo Padre, como gran maestro, advirtió, que se debia acompañar con las dos propiedades de la contemplacion, que son admiracion y afecto, y por eso dijo: *Exclamacion admirative con crecido efecto*.

CAPITULO VI.

QUE EL MINISTERIO DE LA ENCARNACION ES EXCELENTE MATERIA DE CONTEMPLACION Y COMO SE AYUDA DE ELLA NUESTRO SANTO PADRE.

ENTRE todas las cosas que nos ayudan al conocimiento y contemplacion de Dios, la más levantada y excelente es el misterio de la Encarnacion de Cristo nuestro Señor, en el cual mora la plenitud de la divinidad corporalmente ¹, y es resplandor del Padre y figura de su sustancia ², que habiendo encubierto su divinidad en el cuerpo de nuestra mortalidad, por ese mismo cuerpo nos la descubrió, para que conociendo á Dios visiblemente, fuésemos arrebatados de él á las cosas invisibles. El cual dijo de sí mismo á san Felipe, que pedia que les diese á ver á su Padre ³: «Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y aún no me habeis conocido. Feli-

¹ Col. II, 9.— ² Heb. I, 3.— ³ Joan. XIV, 9.

pe, quien á mí me ve, ve tambien á mi Padre.» No digo que habiendo conversado con vosotros tanto tiempo no me habeis visto, sino que no me habeis conocido, y que por medio de lo que veis aún no habeis llegado á conocer lo que soy, y no veis. El que de esta manera viéndome me conoce, puede hacer cuenta que cuando á mí me ve, tambien ve á mi Padre; porque aquella gracia y hermosura, aquella mansedumbre y benignidad, aquella misericordia y potestad con que en todo género de milagros se mostraba el Salvador ser absoluto señor de la naturaleza; aquella palabra tan eficaz con que alumbraba los entendimientos y aficionaba las voluntades; aquel resplandor y majestad de su rostro, ¿qué era todo esto sino darnos á ver á Dios con los ojos? Por lo cual dijo el Evangelista ¹: «La palabra de Dios se hizo carne, y vimos su gloria, tal como convenia que tuviese el unigénito del Padre.» Sobre las cuales palabras dice san Agustin ²: La palabra de Dios se hizo carne, y vimos su gloria, y por eso vimos su gloria porque se hizo carne y vivió entre nosotros. El alma se habia hecho carnal consintiendo con los deseos de la carne, y de ahí resultó el haber quedado ciega, para no poder ver la gloria de Dios; y el Verbo de Dios se hizo carne, y de esta carne se hizo el Médico celestial un colirio para curar la ceguedad de la carne. Habíase cegado nuestra vista con la tierra, y pónenla tierra sobre los ojos para que sane. Quiero decir, que vino el Hijo de Dios en carne mortal á curar los vicios de la carne; y de ahí es que vimos la gloria suya, porque el Verbo de Dios se hizo carne. Todas estas sentencias y otras á este propósito dice el bienaventurado san Agustin, de las cuales se saca, que para

¹ Joan. I, 14.— ² August., tract. 2 in Joann.

conocer y contemplar la gloria de Dios, ninguna cosa más ayuda que el conocimiento de Jesucristo, que es verdadero hombre y verdadero Dios.

Pues cuanto á este punto es mucho de advertir el cuidado que nuestro santo Padre tuvo, que en la meditacion de la vida y de la muerte y resurreccion del Señor, estuviese atento el que medita á reconocer, en cualquiera de estos pasos, la divinidad que obraba secretamente. Para lo cual notaremos dos ó tres lugares que sirvan de ejemplo para reparar en otros semejantes. Primeramente, en el tercer preludio de la segunda semana descubre luego este intento, cuando dice: *Demandar lo que quiero, será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre para que más le ame y siga.* Y es de considerar, que no pide aquí por ahora la imitacion de Cristo nuestro Señor ni otro afecto devoto ó propósito particular de alguna virtud, sino que pide conocimiento interno, que es propio de los que contemplan, estando cierto que al paso que creciere el conocimiento de este Señor, á ese crecerá el amor, y será más fácil la imitacion.

Pero dirá alguno ¿con qué medios se puede introducir el principiante al conocimiento interno de este Señor y de este misterio? Porque á un hombre acostumbrado á gobernarse por los sentidos, y á no concebir de las cosas más de lo que ve por los ojos y toca con las manos, ¿por qué camino se le puede enderezar el pensamiento para conocer íntimamente á Cristo nuestro Señor y el fin de su venida al mundo, la grandeza de su persona y la importancia de la empresa que habia tomado á su cargo de la redencion del mundo? Y ¿cómo se podrá disponer el ánimo para la contemplacion de esta obra, de que estaba pendiente la esperanza de todos los

hombres y de los siglos? No se puede negar, que hay algunas ocasiones que nos convencen para no dejar de creer, que lo que nuestro santo Padre parece que dijo acaso y sin reparar en ello, no lo dijo sin mucho acuerdo, y sin mucho estudio y consideracion. Porque despues de muy estudiado y pensado, no acertaremos nosotros á poner medios tan convenientes para el fin que se pretende.

El modo pues que nuestro santo Padre usa, es el siguiente ¹: *El primer preámbulo, dice, es traer la historia de la cosa que tengo de contemplar, que es aquí, como las Personas divinas miraban toda la planicie y redondez de todo el mundo lleno de hombres, y cómo viendo que todos descendian al infierno, se determina en la su eternidad, que la segunda Persona se haga hombre para salvar al género humano, y así venida la plenitud de los tiempos enviando al ángel san Gabriel á Nuestra Señora, etc.* Y luego en el primer punto de este mismo ejercicio dice así ²: *El primero es ver las personas, las unas y las otras, y primero las de la haz de la tierra en tanta diversidad, así en trajes como en gestos, unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra, unos llorando y otros riendo, unos sanos y otros enfermos, unos naciendo y otros muriendo, etc.* Segundo, *ver y considerar las Personas divinas, como en el solio real ó trono de la su divina Majestad, cómo miran toda la haz de la tierra, y todas las gentes en tanta ceguedad, y cómo mueren y descenden al infierno, etc.* Y en el segundo y tercer punto, en que se han de meditar las palabras y las obras, llena el mismo discurso de lo que hablaban y hacian todos los hombres sobre la redondez de la tierra, y de lo que hablaban y hacian las tres Personas divinas,

¹ 2.^a Sem. Contempl. de la Encarn. — ² 2.^a Sem. Ibid.

decretando y obrando el misterio de la Encarnacion en las entrañas de la Virgen, etc. Admirable pintura, y que en breves palabras encierra grandes misterios. Pues así como cuando nos dan en una pequeña tabla un mapa mundi en que están todas las provincias del mundo con sus distancias entre sí, y sus correspondencias á los círculos celestes, el que tiene alguna inteligencia de aquella facultad, sin quitar los ojos de ella, tiene que mirar muchos meses y muchos años; así es esta consideracion en que nuestro santo Padre dispuso el misterio de la Encarnacion, poniendo juntamente delante de los ojos todo el mundo con su variedad de provincias, diversidad de los trajes y de lenguas, y las tres Personas divinas consultando sobre el remedio de él; en lo cual nos da materia de profunda y quieta contemplacion.

Y porque hemos tocado en esta semejanza, debemos advertir para el intento de que vamos hablando, que los que son curiosos de conocer el sitio de las provincias y reinos, de los rios y de los mares, y de las islas y de las ciudades, y de saber la distancia que tienen entre sí, y las correspondencias con los puntos fijos y con los círculos del cielo, lo pueden estudiar de una de dos maneras, ó por libros que tratan de esta materia, ó por unas tablas que lo representan todo junto delante de los ojos. Y entre estas dos maneras hay esta diferencia, que los libros, dado caso que tengan muy profunda sabiduría, mas para estudiar por ellos es menester leer una hoja tras otra, y un capítulo tras otro, lo cual es muy semejante á los que discurren en la meditacion. Pero los que estudian por las tablas ó mapas, sin quitar los ojos de una parte, tienen que mirar tiempo con admiracion, lo cual es más semejante á los que contemplan. Pues ¿qué pudo pretender nuestro gran maestro

en reducir á tan pocas palabras, tantos y tan grandes misterios, sino que los que meditan se vayan recogiendo á una vista sencilla y afectuosa admiracion, mirando juntamente la grandeza de la persona de Cristo nuestro Señor, pues es la segunda de las divinas; la grandeza de la obra, pues fué dar remedio, no á una provincia, ó á un reino, sino al mundo entero y á todos los siglos, no de cualquier trabajo ó miseria, sino de condenacion eterna del infierno; y que para obra tan grande, y de persona tan grande, no se tomó menor acuerdo y consejo, que de las tres Personas divinas en el trono de su Majestad? Y si consideramos esto mismo en todas las obras y pasos particulares de la vida y muerte de Cristo nuestro Señor, tendremos siempre delante una Persona divina, que por acuerdo de la santísima Trinidad está dando remedio á todo el mundo perdido. Y no repararemos solamente en aquello corporal y visible de la obra que se hace; sino pasaremos más adelante á la Persona que lo hace, y por cuya voluntad lo hace, y con qué efecto y fruto lo hace, y á cuantas personas y tiempos alcanza el fruto de esta redencion. Pues el haber recogido el santo Padre todas estas maravillas y misterios en tan pocas palabras, y como si dijésemos en tan pequeña pintura, da ocasion y materia de mirarla con profunda atencion, casi sin discurso, con grande admiracion, con fervoroso afecto; que todas son calidades de la contemplacion en que se va disponiendo para contemplar el espíritu del que está meditando.

En la tercera y cuarta semana puso nuestro santo Padre más expresamente la práctica de esto, conviene á saber, como en los pasos particulares de la vida y muerte de nuestro Salvador, hemos de levantar la consideracion á mirar la divinidad que secretamente obra. Porque

en el quinto punto del ejercicio de la tercera semana dice así ¹: *El quinto, considerar cómo la Divinidad se esconde, es á saber, cómo podría destruir á sus enemigos y no lo hace: y cómo deja padecer la sacratísima Humanidad tan crudelísimamente.* Y en el cuarto punto del ejercicio de la cuarta semana, dice así ²: *El cuarto, considerar cómo la Divinidad que parecia esconderse en la Pasion, parece y se muestra ahora tan miraculosamente en la santísima Resurreccion por los verdaderos y santísimos efectos de ella.* De todo lo cual se convence claramente, que nuestro santo padre Ignacio, no se contentó, como algunos han pensado, con enseñar tan solamente á los principiantes algunos modos provechosos de meditar, sino que deseó y pretendió guiarlos á lo más alto de la contemplacion y al secreto de la Divinidad, cuanto la divina gracia ayudase á cada uno, y él se ayudase con ella, y esto no por otra puerta sino por la de la humanidad de Cristo nuestro Señor, el cual dice de sí ³: «Yo soy la puerta: el que por mí entrare, ese será salvo.»

CAPÍTULO VII.

QUE DESDE EL PRINCIPIO PRETENDE NUESTRO SANTO PADRE IR DISPONIENDO AL EJERCITANTE EN EL MODO DEL CONTEMPLAR.

No solamente nuestro santo Padre nos enseña á buscar á Dios en todas las cosas, y nos abre camino al conocimiento de la Divinidad, pero cuanto al

¹ 3.^a Sem.—² 4.^a Sem.—³ Joan. X, 9.

modo nos va desde el principio instruyendo y ejercitando en atender á estos misterios con poco discurso, con mucho afecto, con vista sencilla, descansando y gozando de lo que se ha hallado con el discurso de la meditacion. Porque como decíamos arriba, aunque la contemplacion tiene algo particular quanto á la materia, pero mucho más quanto al modo; porque toda la materia de la meditacion lo puede ser tambien de la contemplacion, pero en diferente manera. Porque la meditacion busca, la contemplacion goza de lo que ha hallado la meditacion: la meditacion discurre, la contemplacion descansa en el fin y término de la carrera: la meditacion anda como preguntando á todas las cosas, para que le den nuevas de la verdad, la contemplacion despues de hallada la mira simplicísimamente: la meditacion suele parar muchas veces en las criaturas y sacar algun provecho de su consideracion, pero la contemplacion en todas las criaturas busca á Dios, y en todas le halla y le mira.

Es la contemplacion muy semejante al modo que tienen de obrar los sentidos. Porque así como los ojos se deleitan con la luz y con la vista de los campos y de los cielos y estrellas, y los oidos con la música suave y acordada, y el gusto con los manjares delicados y sabrosos, y todo esto sin ningun trabajo ni discurso, sino gozando cada uno de su objeto que tiene presente; así tambien suele el entendimiento deleitarse con el conocimiento de algunas verdades, sin discurso ni trabajo, como si las viera, y suspenderse en algunos pasos ó historias, como si se hallara presente, y penetrar algunos misterios y saborearse en ellos, como si los gustara ó tocara con las manos. Esta experiencia tienen tambien los hombres mundanos en aquellas cosas que aman ó desean. Porque cuantas veces el avariento contempla en

sus ganancias, y en sus venganzas el vengativo, y en sus pompas y vanidades el ambicioso; los cuales y cada uno de ellos se suelen quedar como extáticos y arrobados, pensando en lo que temen ó desean, como si ya lo vieran y lo tocaran, sin ser menester otros discursos ni razones más que sola su aprension para entristecerse ó alegrarse de aquello que imaginan.

Por aquí se descubre el intento que nuestro santo Padre tuvo cuando en todos los dias de los ejercicios, la última hora de oracion quiso que fuese la aplicacion de sentidos, ó como él dice, traer los cinco sentidos sobre la primera y segunda contemplacion. Porque clara cosa es que no habla de los cinco sentidos corporales, sino que habla del entendimiento, que ha de volver á las primeras meditaciones sin discurso ni trabajo, sino con aquella facilidad y suavidad que obran los sentidos acerca de sus objetos cuando los tienen presentes. Sácase esto, lo primero, porque el mismo santo Padre los llama, no sentidos corporales, sino sentidos de la imaginacion, como lo dice en la cuarta contemplacion de la segunda semana por estas palabras: *Despues de la oracion preparatoria y de los tres preámbulos, aprovecha el pasar de los cinco sentidos de la imaginacion, por la primera y segunda contemplacion, etc.* Lo segundo se saca, porque las cosas á que el santo Padre dice que debemos atender con estos sentidos son altísimas, y que apenas las alcanza el entendimiento cuando está en profunda contemplacion. Porque en el tercer y cuarto punto de este ejercicio dice así: *El tercero, oler y gustar con el olfato y con el gusto, la infinita suavidad y dulzura de la Divinidad, del ánima, y de sus virtudes, y de todo, segun fuere la persona que se contempla, etc. El cuarto, tocar con el tacto, así como abrazar y besar los lugares donde las tales personas pisan y se sientan,*

siempre procurando de sacar provecho de ello. ¿Qué cosa es ésta, sino ponernos delante la forma de una perfecta contemplacion, en la cual el alma levantada sobre sí misma y sobre los sentidos, siente las cosas espirituales como si las viera y oyera, y toma sabor en ellas como si las gustara, y se conforta con ellas como si las oliera, y se abraza y besa los lugares que tiene ausentes como si los tocara? A este mismo modo de contemplacion convida el santo Padre en el primer punto del ejercicio del Nacimiento, donde dice así: *Ver á nuestra Señora y á san José, y á la ancila, y al niño Jesus despues de ser nacido, haciéndome yo un pobrecito y esclavito indigno, mirándolos, contemplándolos y sirviéndolos en sus necesidades, como si presente me hallase, con todo acatamiento y reverencia posible, etc.* De donde es mucho de notar, que todas estas palabras denotan el modo de obrar de los sentidos, como es ver á nuestra Señora: *Mirándolos, contemplándolos, sirviéndolos.* Porque este modo de orar, en que el espíritu se halla recogido y presente al misterio, no tiene necesidad de discursos; porque la misma luz de Dios, que le descubre el misterio para que esté presente á él, le descubre tambien todas las circunstancias que son poderosas para moverle los afectos, y rendirle á servir á este Señor con todo acatamiento y reverencia.

Este recogimiento y quietud le tienen más de ordinario y como de asiento los varones perfectos, los cuales, así como tienen más mortificadas las pasiones, así tambien quitadas estas nieblas que suelen oscurecer el entendimiento, gozan de más clara y serena luz. Y así como están más ejercitados en la meditacion de las verdades de la fe, y en el amor de las cosas celestiales; así tambien están más dispuestos para penetrarlas con mayor facilidad, y para moverse súbitamente los afectos

acerca de ellas. Porque ¿qué necesidad tiene una madre de hacer discursos, y buscar argumentos y razones para entristecerse cuando le traen la nueva de la muerte de su hijo, ni para alegrarse si se la traen de alguna grande ganancia ó prosperidad? Bien se ve que el conocimiento y el amor de las personas, es causa de que estos pensamientos se arraiguen en el corazon con gran presteza sin poder divertirse de ellos, y que estos afectos se apoderen del corazon con tanta fuerza, que apenas es posible desasirse de ellos. Y esto mismo sucede á los varones perfectos y ejercitados en las cosas espirituales por el mucho conocimiento y amor que tienen de ellas. Pero ¿qué harémos con los principiantes, que con el poco uso y ejercicio tienen más vivas las pasiones, y están más distraidos por los sentidos, y así apenas despues de mucho trabajo alcanzan á divisar ó á sentir las cosas espirituales: ¿cuánto menos podrán fijar los ojos en ellas para contemplarlas?

Aquí es mucho de considerar el arte y prudencia con que el santo Padre acude á esta flaqueza, y remedia esta necesidad de los que empiezan. Porque la primera vez que pone en práctica este modo de orar de los sentidos, es acerca de las penas del infierno, mirando los fuegos, y las ánimas como encarceladas en cuerpos de fuego, oyendo los llantos, alaridos y blasfemias; oliendo el humo, piedra, azufre, sentinas, y cosas podridas y hediondas; gustando cosas amargas, y las hieles del gusano de la conciencia, y tocando los fuegos que abrasan las ánimas; y como todas estas cosas son penas que se perciben con los sentidos, muy fácil es á los hombres, por muy materiales que sean y poco ejercitados en el recogimiento interior, aplicar la atencion á ellas como si las tuvieran presentes. Por eso quiso Dios á los hom-

bres sensuales amenazarlos con penas sensibles, porque es lenguaje que ellos entienden; y aunque fueran unas bestias, les habia de causar espanto y temor.

Despues de esto en las demás semanas en que se trata de la vida y muerte y resurreccion del Salvador, usó el santo Padre de otra industria; y fué que primero pone dos meditaciones, una á la media noche, y otra á la mañana, en que el ejercitante trabaja con su discurso para sacar alguna cosa de su provecho. Síguense dos repeticiones sobre los puntos en que ha tenido mayor sentimiento, y cada una de ellas con tres coloquios, en las cuales por fuerza ha de haber menos de discurso por ser sobre puntos ya meditados y sentidos, y más de afecto por ser más el tiempo que se gasta en los coloquios. Y cuando ya el ejercitante está de esta manera más actuado cuanto al discurso y cuanto al afecto en la materia particular de aquellas meditaciones, entonces se le da la hora postrera del dia para traer los cinco sentidos sobre ella. De esta manera, y estando así repartidas las horas, se ve como en cada uno de los dias de ejercicios está representado todo el discurso del camino espiritual. Porque las dos horas primeras de meditacion, es ejercicio propio de los que empiezan. Y las dos repeticiones corresponden á la segunda jornada de los que se aprovechan, los cuales de ordinario van repitiendo lo que ya tienen meditado, deseando fijar cada dia más en su corazon los primeros sentimientos, y despertar con más fervor sus afectos. Y la postrera hora, que es la aplicacion de los sentidos, representa el estado de los perfectos, que gozan con quietud de la presencia de Dios y de la suavidad de los misterios. Y así como éstos, cuando llegan á este estado, cogen el fruto de los trabajos de toda la vida; así los demás en la postrera hora de ora-

cion cogen el fruto de lo que han trabajado aquel dia. Mas porque no tienen uso ni ejercicio para perseverar en este modo de contemplar, han menester el dia siguiente empezar otra vez por sus meditaciones. De manera, que así como las aves cuando enseñan á volar sus hijuelos, no luego al principio les dejan dar el vuelo largo, porque será cierto caer en tierra, sino antes les señalan los trechos cortos, donde á menudo puedan descansar en los árboles y volverse á recoger brevemente á sus nidos, hasta que cobren fuerza en las alas, y puedan sustentarse por más largo tiempo en ellas; así hizo nuestro santo Padre, que dándoles á los principiantes cada dia dos horas de meditacion, que es para ellos el modo más acomodado de ejercitarse en las cosas espirituales, á la noche les da una hora de aplicacion de sentidos, que no es otra cosa sino debajo de un nombre conocido y una semejanza clara sacarlos á volar y enseñarlos á contemplar. Mas porque de este modo de orar hemos de tratar en su lugar más de espacio, por ahora no diremos más; porque solamente hemos pretendido probar que nuestro santo Padre desde el principio de sus ejercicios pretende encaminar á su ejercitante á aquel modo más alto de orar, que llamamos contemplacion.

Resta que digamos algo del amor, en el cual, como dijimos arriba, consiste principalmente la union. Y para dar más luz á este tratado, hemos de suponer dos cosas. La primera, que aunque en este ejercicio del amor y de la via unitiva son más frecuentes las consolaciones divinas; pero este ejercicio no está dependiente de ellas, antes se puede andar esta última jornada como las demás, ora sea con muchas visitaciones espirituales, ora con menos. La segunda, que el amor consiste en obras y no en palabras; y han de ser obras de mutua corresponden-

cia y comunicacion entre los que se aman. Probadas estas dos cosas señalaremos luego cinco pasos ó grados de la via unitiva, que consisten en obras, y no dependen forzosamente de la gracia de la devocion. Y en todo seguiremos la doctrina que nuestro santo Padre enseña en el ejercicio del amor de Dios, que está al fin de la cuarta semana.

CAPÍTULO VIII.

QUE EN LA LA VIA UNITIVA HAY MAYORES Y MÁS FRECUENTES CONSOLACIONES QUE EN LAS DEMÁS JORNADAS DEL CAMINO ESPIRITUAL.

NO se puede dudar sino que los deleites espirituales son más vivos y más poderosos y eficaces que los sensuales, los cuales son torpes y vanos; pero los espirituales son puros, engendrados de las virtudes é infundidos de Dios en los corazones limpios. Aquéllos son comunes á las bestias, éstos son propios de las criaturas racionales: en aquéllos la rudeza de los sentidos, la bajeza del apetito sensitivo, la vileza y la inconstancia de las cosas que nos causan el deleite, y la brevedad del tiempo que duran, todo esto muestra claramente el poco valor que tienen. Y por el contrario, la perfeccion de las potencias del ánima, la excelencia del objeto, que no es menos que el mismo Dios, fuente de todos los deleites, muestra que aunque en esta vida se dan con

tasa, pero ellos son tales que una vez gustados arrebatan las almas tras sí, y las arrancan de los deleites y gustos de la tierra, y las hacen correr al olor de estos preciosos ungüentos.

De estos deleites está muy acompañado el camino espiritual, más ó menos, segun la disposicion de la divina voluntad. Pero si miramos lo que suele suceder de ordinario, los principios de este camino son ásperos y dificultosos por la mala disposicion de los que empiezan; pero por su mayor necesidad suelen ser más socorridos de la divina misericordia. La segunda jornada de los proficientes suele tener de suyo mayores dificultades y peleas; en el fin de la jornada se suele gozar más de asiento de la quietud y de las consolaciones divinas.

Primeramente, suele ser este camino en sus principios áspero y dificultoso, no porque en la verdad lo sea en sí mismo, sino porque el hombre acostumbrado á dejarse llevar de todos sus gustos y antojos, siente tristeza en dejar los deleites conocidos, y negar á su apetito lo que desea. Y por eso dijo nuestro Salvador ¹: «¡Oh, qué angosta es la puerta, y qué estrecho es el camino que lleva á la vida!» No porque sea en sí mismo estrecho el camino, por el cual han corrido y corren tantos con seguridad y con alegría; sino porque respecto de la anchura del que camina, la puerta se hace angosta y el camino estrecho. Como una pretina es estrecha respecto de un hombre grueso y que lleva mucha ropa, que para otro más cenceño y menos arropado será ancha: éstos deben hacer lo que el mismo Señor les aconseja cuando dice ²: «Porfiad y haceos fuerza para entrar por la puerta angosta.» Porque persuadidos que la dificultad nace

¹ Math. VII, 14.—² Luc. XIII, 24.